

GASPAR BETANCOURT CISNEROS (EL LUGAREÑO)

PUERTO PRINCIPE ABRIL 28, 1803. La Habana, diciembre 3, 1886

Por Angel C. Betancourt.

ARA algunos, "El Lugareño" fué un patriota conspirador contra la tiranía española; para otros, un rico hacendado antiesclavista; para otros, un... escritor de costumbres; para los más el iniciador del primer ferrocarril en Cuba. En efecto, fué todo eso, porque fué algo más: fué el Camagüey de su tiempo, un pueblo hecho hombre, con todas sus virtudes, con todos sus anhelos, con todas sus aspiraciones y con todas sus luchas. De 1830 a 1866, no se concibe en Camagüey obra realizada ni aspiración concebida en el fondo de la cual no esté la inteligencia o la mano de ese hombre; su biografía, si alguna vez llega a escribirse, será la historia del progreso local de su pueblo en aquel tiempo. Discípulo, aunque creo que no alumno, de Varela; amigo querido y respetado de todos los cubanos notables de su época, desde su obscuro rincón contendió en filosofía con Luz y Caballero y en política con Saco; el primero llegó a calificarlo de "patriota a toda prueba, que todo se vuelve hidalguía y buena intención", en aquel memorable artículo en que cooperando a la defensa que el "modesto Lugareño" hiciera del padre Varela, dijo de éste que "mientras se piense en la isla de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero a pensar".

"El Lugareño" fué para Camagüey un hombre único: su influencia se hizo sentir en todos los órdenes de la vida de aquel pueblo, a pesar de las prolongadas y frecuentes ausencias, forzosas casi todas, que le mantuvieron alejado del mismo. Muchas veces he pensado en sus aptitudes y sus obras comparativamente con las de otros cubanos notables de otras regiones de la isla, y siempre he observado que su influencia personal, sola, equivalió a la que en conjunto todos aquellos ejercían, según sus aptitudes y empeños, en las múltiples esferas de la vida pública. Aunque su arma de combate preferida fué la prensa, sin duda, porque, como él decía, "el público asiste a las cátedras y aprende en los libros; el pueblo asiste a los talleres y aprende en las gacetas"; fué a la vez maestro, orador, político, publicista, agricultor, economista, conspirador, y sobre todo, amigo práctico y desinteresado y benefactor de las clases desheredadas. No puedo negar, sin ser injusto y sin contradecir mi tesis, que tuvo colaboradores eficaces que le comprendieron y secundaron, entre los cuales debe recordarse a su primo Salvador Cisneros Betancourt, por muchos confundido con el Marqués, dada la coentidad absoluta del nombre, a veces atribuyendo al último acciones del primero que la crítica histórica no podría explicarse, si desconociera la existencia de tan benemérito patricio, sino otorgando a su esclarecido homónimo el don de obicuidad o una existencia más que centenaria; a don Ignacio Agramonte, jurisconsulto notable, tronco de una familia de patriotas camagüeyanos, y al injustamente olvidado don Manuel Emiliano de Agüero, ciudadano ejemplar que en vida fué admirado y querido por sus paisanos, que convirtieron su entierro en una apoteosis, como antes nunca se viera y que después solamente puede compararse con la del propio "Lugareño", y con la del Marqués; pero a pesar de la grandeza y de los merecimientos de esos y de otros muchos de sus coetáneos que contribuyeron a ahogar el estrépito de las malas pasiones que en torno suyo, como en el de todo lo que sobresale, se agitaban, y a hacer fecunda su labor, la acción de "El Lugareño" fué tan honda, tan constante y persistente, que la posteridad atribuye a ella sola el efecto de haber lan-

zado y mantenido en la senda del progreso a una sociedad que parecía indolente, elevando sus ideales, transformando sus costumbres, sin alterar la base de sus sentimientos. En esto estriba la grandeza de su obra: penetró como ninguno en la conciencia de su pueblo; entró hasta el fondo de su espíritu; desentrañó cuanto en él había de sólido y puro y mostróse avaro en conservarlo; no innovó: depuró. Político perseguido por la tiranía, separatista por convicción, enemigo del régimen y del señor de la tierra, los combatió noblemente con las menguadas armas que aquellos le dejaron a su disposición; los combatió sin rencor ni intransigencias, pero sin debilidades ni desmayos; enseñó a su pueblo a sentir ansias de independencia, pero, más que de independencia, de libertad y de cultura. Jamás servil, fué siempre amante y mantenedor del orden cimentado en el racional respeto a las instituciones que no empece al combate de las mismas. Al propio tiempo que abrió su pueblo al comercio universal sacándole de su aislamiento, le predicó el amor a la tierra, y con su ejemplo tendió a destruir los grandes latifundios, para hacer accesible a cada uno de sus paisanos un pedazo del suelo bendito, que formalmente les enseñó a laborar con amor y a conservar con interés; llevó la cultura a los campos con las escuelas, con los talleres, con los centros de población con que soñó sembrar aquellas inmensas soledades, moderando los egoísmos y procurando estimular la corriente de una inmigración sana y laboriosa. Enseñó con la palabra y con el ejemplo, y cuando quiso suavizar las costumbres que el aislamiento y el origen hicieron ásperas, no fué dómine airado que agitó disciplinas o palmetas, ni se erigió en mentor austero y quisquilloso malquistado con todo lo regnicola y peculiar de su tiempo y de su raza; sino que descendiendo hasta el estilo llano y fácil del costumbrista, presentó a aquella sociedad, como en un espejo, según él mismo decía, "sus jorobas y deformidades", para que por sí misma las apreciara y las corrigiera. Si los camagüeyanos no hubiéramos tenido otro ejemplar—y hemos tenido otros, y otro, (1) para bien de la patria tenemos aún,—de hombres superiores, que "El Lugareño", con ese nos bastaría para que no se nos tuviera en deuda con el progreso común de la patria; pero no es esta la conclusión a que quería llegar: no entra en mi propósito, ni cabría en los límites de esta carta, exponer ni analizar la obra del "Lugareño"; sólo quiero, al expresar mi juicio acerca de su significación como personalidad sobresaliente de nuestra patria y como personificación del Camagüey de su tiempo, demostrar—porque no creo en genios autóctonos que surgen providencialmente del seno de los pueblos cuando éstos los necesitan, ni en redentores importados—que si la obra del "Lugareño" fué la que fué, y fué fecunda, tal aconteció porque en aquel medio existía la materia prima para ella; porque el Camagüey que lo produjo, y que—pequeñas contrariedades aparte—siguió su impulso era ya, en aquellos días, un pueblo culto.

(1) No habrá camagüeyano para quien no sea clara esta alusión; pero el autor se complace en manifestar que se refiere al eximio pensador y patriota insigne Enrique José Varona.

21

tancourt y Torres. 20 años dedicados a muchas cosas útiles que no dan dinero, el primero; a sus estudios y muñecas, la segunda, con trece primaveras tropicales.

Cursó estudios de Derecho en la Universidad Nacional de la que es graduado. Al margen quedó su verdadera vocación faranduleira y literaria. No obstante fue fundador del Teatro Universitario, en cuya «compañía» figuraban D. Vicente Valdés Rodríguez —hoy Embajador en el Perú— Modestín Morales, Valdés de la Torre, el brillante colega de «Información».

Tiene publicados tres ensayos: «Volutas» —poemas en prosa—; «Aristas», pensamientos y frases, y «Mimetismo y otros trabajos», entre los que figura «Cheito» su popular auto retrato en siete trazos. Además varios libros que se mueren de risa en el fondo de una gaveta porque aquí, desgraciadamente el intelectual es... como esos magníficos materiales... tisú por ejemplo, que es muy bueno, pero con él no se pueden hacer camisas ni guayaberas para vestir las e ir en busca del pan nuestro de cada día. Cuando no, los amigos preguntan en cuanto se enteran de la edición reciente: ¿Cuándo me mandas tu libro? —y... el que no es intelectual, prefiere oír el Radio...

Por radio está cansado de producirse: charlas, lecturas, imitaciones de voces: CMZ, CMW, La Cadena Azul, Oyente de la CMBF, onda musical, por afición a la mejor música del mundo.

La música, buena música... álbums de los «grandes» Brahams, Beethoven, Chopin —cualquiera de ellos con la condición de que sea realmente «grande»—. Porque, parodiando a Benavente, estima, que lo único que no se puede perdonar en este mundo es no tener talento natural. Y lo único a lo que los demás no se resignan, es a que lo tenga uno...

Toca el violín, y le gusta oírse tocar a los otros. Conferencista medular, deja a un lado la risa y hace pensar. Da conferencias en el «Lyceum» cuando no se trata de un «sympsium» palabrita que estrenó Angel Lázaro y la llamó «casi una mala palabra», aunque aquí entre nosotros, suponemos que sea una «reunión de intelectuales para averiguar cosas que a nadie le importan».

Deportes ha practicado, entre ellos el Baseball y la Natación, aunque nunca le ha gustado quedarse con «la bola» de nadie, ni nadar «entre dos aguas» como algunos genios reconocidos por la fama, es decir «oficiales».

Escribe los «Apuntes» del periódico «El Siglo», el vibrante y combativo semanario de Menocal; amén de algunos artículos de crítica de arte y literatura que es en definitiva su «circunvalación»... y van dos... palabritas nuevas. Razón tuvo Rafael Marquina —de quien hace una de las más perfectas imitaciones— cuando dijo que: «sin conocer a Gaspar Betancourt, La Habana es incompleta, conociéndolo a él, puede llegar a conocerse La Habana».

Hay que conocerlo, admirarlo desde la infancia, para saber cuanto verdad hay en esta alma del artista que riega por doquier. Sus valores morales no son canjeables por los intelectuales con ser éstos muchos. Naturaleza que vibra sin amparo, siempre tensa, a la intemperie el nervio de la idea genial.

Paris, mayo 21/33



GASPAR BETANCOURT CISNEROS

(El Lugareño).

Puerto Príncipe, abril 28, 1903- La Habana, diciembre 1866.

Por Angel C. Betancourt.

Para algunos, "El Lugareño" fué un patriota conspirador contra la tiranía española; para otros, un rico hacendado antiesclavista; para otros, un... escritor de costumbres; para los más el iniciador del primer ferrocarril en Cuba. En efecto, fué todo eso, porque fué algo más: fué el Camagüey de su tiempo, un pueblo hecho hombre con todas sus virtudes, con todos sus anhelos, con todas sus aspiraciones y con todas sus luchas. De 1830 a 1866, no se concibe en Camagüey obra realizada ni aspiración concebida en el fondo de la cual no esté la inteligencia o la mano de ese nombre; su biografía, si alguna vez llega a escribirse, será la historia del progreso local de su pueblo en aquel tiempo. Discípulo, aunque creo que no alumno, de Varela; amigo querido y respetado de todos los cubanos notables de su época, desde su oscuro rincón contendió en filosofía con Luz y Caballero y en política con Saco; el primero llegó a calificarlo de "patriota a toda prueba, que todo se vuelve hidalguía y buena intención", en aquel memorable artículo en que cooperando a la defensa que el "modesto Lugareño" hiciera del padre Varela, dijo de éste que "mientras se piense en la isla de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero a pensar".

"El Lugareño" fué para Camagüey un hombre único: su influencia se hizo sentir en todos los órdenes de la vida de aquel pueblo, a pesar de las prolongadas y frecuentes ausencias, forzosas casi todas, que le mantuvieron alejado del mismo. Muchas veces he pensado en sus aptitudes y sus obras comparativamente con las de otros cubanos notables de otras regiones de la isla, y siempre he observado que su influencia personal, sola, equivalió a la que en conjunto todos aquéllos ejercían, según sus aptitudes y empeños, en las múltiples esferas de la vida pública. Aunque su arma de combate preferida fué la prensa, sin duda, porque, como él decía, "el PÚBLICO asiste a las cátedras y aprende en los libros; el PUEBLO asiste a los talleres y aprende en las gacetas"; fué a la vez maestro, orador, político, publicista, agricultor, economista, conspirador, y sobre

todo, amigo práctico y desinteresado benefactor de las clases desheredadas. No puedo negar, sin ser injusto y sin contradecir mi tesis, que tuvo colaboradores eficaces que le comprendieron y le secundaron, entre los cuales debe recordarse a su primo Salvador Cisneros Betancourt, por muchos confundido con el Marqués, dada la coentidad absoluta del nombre, a veces atribuyendo al último acciones del primero que la crítica histórica no podría explicarse, si desconociera la existencia de tan benemérito patricio, sino otorgando a su esclarecido homónimo el don de ubicuidad o una existencia más que centenaria; a don Ignacio Agramonte, juriscónsul notable, tronco de una familia de patriotas camagüeyanos, y al injustamente olvidado don Manuel Emiliano de Agüero, ciudadano ejemplar que en vida fué admirado y querido por sus paisanos, que convirtieron su entierro en una apoteosis, como antes nunca se viera y que después solamente puede compararse con la del propio "Lugareño", y con la del Marqués; pero a pesar de la grandeza y de los merecimientos de esos y de otros muchos de sus coetáneos que contribuyeron a ahogar el estrépito de las malas pasiones que en torno suyo, como en el de todo lo que sobresale, se agitaban, y a hacer fecunda su labor, la acción de "El Lugareño" fué tan honda, tan constante y persistente, que la posteridad atribuye a ella sola el efecto de haber lanzado y mantenido en la senda del progreso a una sociedad que parecía indolente, elevando sus ideales, transformando sus costumbres, sin alterar la base de sus sentimientos. En esto estriba la grandeza de su obra: penetró como ninguno en la conciencia de su pueblo; entró hasta el fondo de su espíritu; desentrañó cuanto en él había de sólido y puro y mostróse avaro en conservarlo, no innovó: depuró. Político perseguido por la tiranía, separatista por convicción, enemigo del régimen y del señor de la tierra, les combatió noblemente con las menguadas armas que aquéllos le dejaron a su disposición; los combatió sin rencor ni intransigencias, pero sin debilidades ni desmayos; enseñó a su pueblo a sentir ansias de

independencia, pero, más que de independencia, de libertad y de cultura. Jamás servil, fué siempre amante y mantenedor del orden cimentado en el racional respeto a las instituciones que no empece al combate de las mismas. Al propio tiempo que abrió su pueblo al comercio universal sacándole de su aislamiento, le predicó el amor a la tierra, y con su ejemplo tendió a destruir los grandes latifundios, para hacer accesible a cada uno de sus paisanos un pedazo del suelo bendito, que personalmente les enseñó a laborar con amor y a conservar con interés; llevó la cultura a los campos con las escuelas, con los talleres, con los centros de población con que soñó sembrar aquellas inmensas soledades, moderando los egoísmos y procurando estimular la corriente de una inmigración sana y laboriosa. Enseñó con la palabra y con el ejemplo, y cuando quiso suavizar las costumbres que el aislamiento y el origen hicieron ásperas, no fué dómine airado que agitó disciplinas o palmetas, ni se erigió en mentor austero y quisquilloso malquisto con todo lo regnícola y peculiar de su tiempo y de su raza; sino que descendiendo hasta el estilo llano y fácil del costumbrista, presentó a aquella sociedad, como en un espejo, según él mismo decía, "sus jorobas y deformidades", para que por sí misma las apreciara y las corrigiera. Si los camagüeyanos no hubiéramos tenido otro ejemplar—y hemos tenido otros, y otro, (2) para bien de la patria, tenemos aún,—de hombres superiores que "El Lugareño", con ese nos bastaría para que no se nos tuviera en deuda con el progreso común de la patria; pero no es ésta la conclusión a que quería llegar: no entra en mi propósito, ni cabría en los límites de esta carta, exponer ni analizar la obra del "Lugareño"; sólo quieró, al expresar mi juicio acerca de su significación como personalidad sobresaliente de nuestra patria y como personificación del Camagüey de su tiempo, demostrar—porque no creo en genios autóctonos que surgen providencialmente del seno de los pueblos cuando éstos los necesitan, ni en redentores importados—que si la obra del "Lugareño" fué la que fué, y fué fecunda, tal aconteció porque en aquel medio existía la materia prima para ella; porque el Camagüey que lo produjo, y que—pequeñas contrariedades aparte—siguió su impulso era ya, en aquellos días, un pueblo culto.

(2) No habrá camagüeyano para quien no sea clara esta alusión; pero el autor se complace en manifestar que se refiere al eximio pensador y patriota insigne Enrique José Varona.

April 28 / 1903

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA